

jóvenes, á la voraz voluptuosidad del tirano lujuriosísimo. Pues cuando no pudo extirpar los vicios de la tiranía Porcia con su enseñanza, con su ejemplo, en la propia familia, ¿podrían Bruto y Casio extirparlos en la inmensa Roma? Bruto mismo, desde la quinta donde se hallaba retirado y casi proscrito, decretó para el pueblo dones propios de César en las fiestas apolinarias, como representaciones de actores muy estipendiados y juegos de bestias feroces muy sangrientas. Hay quien dice que Casio no asesina, de ningún modo, á César, si éste no se apodera de sus leones númeradas, y no puede, no, dudarse que Bruto fiaba de los leones del circo lo que no había podido lograr de sus ideas y de sus principios. Hasta el desahogo encargando á un actor que recitara versos épicos en los cuales se refería la expulsión y destronamiento de los Tarquinos ¡ay! no pudo conseguirlo el infeliz. Le substituyeron hexámetros incoloros contando aventuras insípidas. Murió el tirano, pero quedó la tiranía.

Por fin tuvieron los conjurados que partirse de Italia. Los buques puestos á su disposición para proveer á Roma de trigo, es decir, para desempeñar el cargo tan despreciado, por injurioso, les sirvieron para trasladarse á Oriente. Aguijoneólos, más que su propia voluntad, la noticia de haber

conseguido Sexto Pompeyo rentrar en posesión de toda España, muy fiel á la vencida causa de su padre. Divirtiendo las fuerzas de Antonio este caso hacia Occidente, de seguro podrían ellos trabajar más á su gusto en Oriente. Pero fieles á legalidad, pidieron permiso al Senado para que les eximiera de su presencia en los puestos por ellos desempeñados dentro de Roma. Y aunque reunido el Senado para este fin se mostró que había en él muchos republicanos, también se mostró que había en estos republicanos mucho miedo á la persona de Antonio. Y las Asambleas miedosas no podrán ser jamás Asambleas soberanas y libres. Al poco tiempo ya estaban Bruto y Casio acusados por acusación pública en el Foro de Roma. El pueblo gimió, los patricios se cubrieron el rostro con las manos; pero no quedó menos en vigor la sentencia infame contra la cual un solo juez de ánimo entero y firme opuso un voto de altiva protesta. En rebeldía los condenaron, y sin haberlos oído les impusieron la última fórmula de los tiempos bárbaros, la privación del agua y del fuego. Ya no tenían más remedio que defenderse desde las disputadas regiones de Oriente. Bruto campeó en Macedonia, Casio en Siria, mientras el último Pompeyo en Sicilia. A los tres juntos en la misma idea se opuso el célebre triunvirato compuesto por Antonio, Lépido y Oc-

tavio, junto á su vez en el mismo deseo de combatir á Pompeyo, Bruto y Casio. Estos dos últimos se hallaban en Asia cuando rompieron sus enemigos por Macedonia y Tracia, cerrándoles todo paso en el Rodopo. Los libertadores unieron ante tal terrible realidad sus legiones y marcharon á la defensa de su causa, encontrándose al fin constreñidos á mantenerla en los campos de Filippos. Tal batalla se contiene ya en la batalla de Farsalia. Pero mientras en ésta pelearon dos caudillos, en aquélla pelearon dos causas. La república estaba con Bruto y Casio, el imperio con Octavio y Antonio. Bruto peleaba frente al primero, Casio frente al segundo. Muy separadas las fuerzas de los dos republicanos, por desgracia, no podían darse, como se necesita en la guerra, noticias frecuentes y rápidas. Así, mientras Casio era vencido, vencía Bruto; y de haberse comunicado mutuamente la respectiva suerte, no se matara, como se mató Casio, y no infligiera con su suicidio y con su desesperación este desastre más á la república. No pudo humanamente ocurrirse al desmayo producido por la muerte de Casio, tanto en los últimos republicanos como en su infeliz jefe. Veinte días transcurrieron entre los primeros y los últimos combates de tan extensa batalla. Bien disputada fué. Los dos ejércitos pudieron acercarse á los sendos alcances

de sus respectivas armas, como si en vez de ser dos colectividades fueran dos individuos. Combatieron allí unos y otros con cruel encarnizamiento. Cuando caía un hombre le reemplazaba con prontitud matemática otro. Horas y horas estuvieron destruyéndose mutuamente. Al fin se debilitó la primera línea de los republicanos. Y debilitada ésta, no por la debilidad seguramente de quienes la componían, sino por la matanza horrible, tuvieron que ceder la segunda y la tercera, envuelta en la inundación impetuosa de los satisfechos y soberbios vencedores. Octavio asedió el campo donde aun estaba un verdadero núcleo de los derrotados y persiguió Antonio á los dispersos. En esta correría encontró á Bruto guarecido por cuatro legiones, tras murallas materiales de cadáveres amontonados. Bruto intentó defenderse todavía; pero las legiones, cansadas, rehusaron este último auxilio, primero por creerlo inútil y después por considerar que iban á negarles el cuartel tras una desesperada resistencia.

Ya no le quedaba otro recurso en el mundo sino la muerte inmediata. Por los antiguos tiempos el suicidio tenía tanto crédito, que se mataban clases y poblaciones enteras. Lo mismo que moría un hombre, moría, ó bien una legión, ó bien una ciudad. Bajo unos árboles muy verdes, junto á un arroyo muy claro, al pie de una colina muy hermosa,

el representante postrero de las edades clásicas miró frente á frente su mortal agonía y su próximo traspaso del mundo este á otro mundo mejor. Tendióse por tierra y comenzó á dar alaridos en justo duelo por sus compañeros mártires. A fuer de pagano, aquel hombre no se contentó con llorar á los suyos, maldijo á los contrarios, llamando sobre sus cabezas la pena del talión. Hecho esto, dirigióse á los capitanes sobrevivientes en súplica de que le clavasen sus puñales y lo remataran allí con la mayor prontitud. Todos rehusaron. La noche venía, noche tranquila del Oriente, y se acercaban los enemigos con ella, muy anhelosos por coger la mejor de sus presas, el representante último de la libertad y de la república. Como se oyera la palabra huyamos, frecuentísima en todos los pánicos, Bruto aseguró que pensaba huir, sí, más no por medio de los pies, por medio de las manos. Entonces ya la noche había venido sobre todos. Susurraba el arroyo, despedían aromas las plantas, zumbaban los insectos del crepúsculo, las aguas corrientes se plateaban en la incierta luz, por los cielos azules resplandecían astros innumerables y quizás innumerables aereolitos. La indiferencia del universo acabó por sublevar á Bruto mucho más que la indiferencia del pueblo. La república se acababa, y lucían los astros con claridad nueva, y se trans-

parentaba el cielo en su divina serenidad, y las flores abrían sus corolas como para una fiesta, y entonaba el arroyo su idilio melodiosísimo, y sacudían los árboles su polen de vida y de amor. Viéndolo todo sonriente y armonioso en torno de su dolor, lanzó una terrible y desesperada negación á la virtud, y se arrojó sobre su espada, puesta en el suelo de punta, la cual, más compasiva que los hombres y los elementos, lo mató en aquel supremo y fatídico minuto. Antonio mandó el cuerpo á Servilia ceñido en sudario de púrpura y rogándole que le diese digna sepultura. Servilia lo enterró con arreglo á todos los ritos romanos. Mientras duraron estos ritos Porcia cumplió con fidelidad sus deberes litúrgicos de viuda. Tuvo el muerto las lágrimas y las oraciones que deben acompañar á los cadáveres y que deben servir á los manes. Pero la violencia caracterizó aquella complexión de mujer. Por consiguiente, no creyó cumplidos todos sus deberes con regar de lágrimas y envolver en oraciones los restos de su esposo. A la hija de Catón, á la mujer de Bruto, le atañían otras obligaciones. No se juzgaba digna de haber vivido con ellos si no acababa como ellos. Si á lo menos la muerte de ambos resultara próspera y fecunda, si con su inmolaición cruenta consiguieran salvar libertad y república, todavía le tocaba vivir para verlos idolatrados.

por su pueblo y circuidos en justicia de la universal admiración. Pero las nuevas leyes los declaraban reos, y el pueblo no volvía por su virtud, ni siquiera tras haber visto que por el pueblo y para el pueblo habían los dos inmolido voluntariamente su vida. El afecto, á todas estas reflexiones profundas consiguiente, debía ser un afecto de odio invencible hacia un mundo caído en tales injusticias. El propósito de un suicidio como el suicidio de Catón, como el suicidio de Bruto, se apoderó de aquella mujer, quien sólo muriendo se creía digna de llamarse hija del uno, esposa del otro. Pero Servilia, en cuyo espíritu el epicureísmo casi nativo y el apego á las ideas cesaristas engendraran un deseo de vivir, que ciertamente la llevó hasta los cien años, no quería este duelo más en su vida y este remordimiento más en su conciencia. Púsole una legión de atentas esclavas, á quienes encargó seguirla y vigilarla noche y día con el fin de impedir aquel innecesario suicidio. Pero Porcia heredó, entre las cualidades catonianas suyas, no solamente la resolución firmísima, la tenacidad en sus resoluciones. A mayor abundamiento el más joven y último de sus hermanos acababa de morir en Filippos defendiendo la causa de su pueblo y de su padre. Cuando entre los cadáveres, que rodearon á Bruto en la hora última,

se hallaba un Catón, Porcia se creía obligada por todos los afectos humanos á seguir el ejemplo de los suyos, como esposa, hermana é hija. La república no cuenta entre sus innumerables mártires ninguno de la pureza que brilla en Porcia. Los repúblicos morían todos en el mundo antiguo así que moría su causa. Ella, rica, patricia, hermosa, joven, podía prometerse aún la consideración del mundo y los amores de otro esposo. Más fuerte que todos los varones á quienes imitaba, las precauciones seguidas para evitar el suicidio agravaron la pena de su agonía y el horror de su muerte. Porcia se mató sin piedad, tragándose unas brasas. Su alma es la nube más encendida y más bella que resplandece sobre los ocasos de la libertad y de la república.



